

EL CASO DE “RN” UN EXPERIMENTO RADICAL DE SANDOR FERENCZI EN EL PSICOANÁLISIS.^{1*}

Christopher Fortune.^{2**}

En las postrimerías del verano de 1924, una atribulada mujer estadounidense de 44 años de edad, llamada Elizabeth Severn se bajó de un tren en la estación Keleti de Budapest. Ella tomó un taxi tirado por caballos y se dirigió a la calle 3 Nagy Diófa, donde subió una escalera de caracol hasta el tercer piso donde vivía el psicoanalista húngaro de fama mundial, llamado Sandor Ferenczi, el Dr. Ferenczi -creía ella- era su última esperanza, la única persona que podría curar su desesperado estado mental y salvar su vida.

Ferenczi, de 51 años, conocido por su éxito con pacientes incurables para otros analistas, la acompañó hacia su consultorio. Así comenzó una inapreciable relación terapéutica que durante ocho años expandiría de un modo radical los límites del psicoanálisis.

Sesenta años después de esta trascendental reunión, fue publicado el *Diario Clínico* (1932) de Sandor Ferenczi. Sus páginas estaban llenas de referencias a la paciente R. N., el código que Ferenczi había asignado a Elizabeth Severn. El Diario, establece con toda claridad la profunda influencia de esta mujer en los definitivos cambios radicales de Ferenczi al psicoanálisis clásico y al mismo Freud.

Sobre la base de la presente investigación del Diario de Ferenczi y de los propios escritos de Severn³, he sido capaz de aclarar la identidad de Elizabeth Severn, su relación terapéutica con Ferenczi, y su importancia fundamental en el desarrollo de sus más controversiales ideas -ideas que actualmente están siendo reevaluadas para el psicoanálisis contemporáneo (Haynal, 1988; Dupont, introducción, 1988; Fortune, 1989; Rachman, 1989; Wolstein, 1989 1990; Aron, 1990; Hoffer, 1990, 1991; Hidas, este volumen; Stanton, 1991).

El caso de Elizabeth Severn y su relación analítica con Ferenczi es un enlace histórico perdido -un caso de paradigma no reconocido (Fortune, 1991), un punto crucial en la historia y el desarrollo del psicoanálisis en la tradición de Anna O. y Dora. Severn no sólo fue el catalizador para el reconocimiento de Ferenczi de la importancia clínica de la contratransferencia (Wolstein 1989, 1990), sino -yo postulo-, ella fue un factor precipitante crítico en su retorno a la teoría del trauma de Freud (Fortune, 1991)⁴.

Desde mediados de la década de 1920, Elizabeth Severn, es descrita por Ferenczi como su “principal paciente”, “colega”, y, por último, su “maestro”, influyendo en sus revolucionarias innovaciones técnicas, incluyendo la actividad, la elasticidad, la pasividad y la relajación. Específicamente, Severn dio origen a los más significativos experimentos terapéuticos de Ferenczi, especialmente en el desarrollo del análisis mutuo (Ferenczi, 1932). Este cambio radical de la neutralidad analítica le llevó directamente a una creciente comprensión de la dinámica del trauma sexual temprano, incluso el propio, y a una comprensión que

1*.- La preparación de este artículo ha sido posible gracias al apoyo de Social Sciences and Humanities Research Council of Canadá.

2**.- Christopher Fortune, Ph. D. Doctoral Fellow of the Social Sciences and Humanities Research Council of Canada in Applied Psychology, the University of Toronto (Ontario Institute for Studies in Education).

3.- En los últimos seis años, he logrado sostener extensas entrevistas con la hija de Severn, Margaret, examinado las cartas de su madre, y estudiado los libros y artículos publicados e inéditos.

4.- Aspectos del retorno de Ferenczi a la llamada teoría de la seducción han sido extensamente detallados de muchas formas (por ejemplo, Ferenczi, 1932, 1933; Masson, 1984; Sabourin, 1985; Haynal, 1988, 1989; Gay, 1988; Fortune, 1989).

reforzaría su desafío a Freud y a la piedra angular del psicoanálisis -la fantasía inconsciente- (Ferenczi, 1932, 1933). De hecho, Elizabeth Severn pudo haber sido el primer analizante abusado sexualmente cuyo “real” trauma sexual infantil llegó a ser el foco del tratamiento psicoanalítico desde que Freud había abandonado su teoría de la seducción a finales de 1890 (Fortune, 1991).

El 29 de mayo de 1933, una semana después de la muerte de Ferenczi, Freud en una carta a Ernst Jones, analizaba a su amigo de toda la vida y afirmaba que ellos ya habían perdido a Ferenczi para el movimiento psicoanalítico. El dolor de Freud es evidente. En su análisis, el desacredita a Ferenczi como a un niño débil, equivocado, en parte, alejado de él y del psicoanálisis, por esa “sospechosa” Elizabeth Severn. Freud escribió:

[Ferenczi tenía] la convicción de que yo no lo había amado lo suficiente, que yo no había querido reconocer sus obras, y yo lo había analizado mal. Sus innovaciones en la técnica estaban relacionadas con todo esto, puesto que él quería demostrarme, con cuanto amor se debería tratar a los pacientes con el fin de ayudarlos. De hecho, estas eran regresiones a los complejos de su infancia... Él mismo llegaría a ser una mejor madre, y de hecho encontró el niño que necesitaba. Entre ellos estaba “una mujer estadounidense sospechosa”, a quien dedicaba cuatro o cinco horas al día (¿la señora Severn?). Cuando ella se fue, él creía que ella lo podía influir a través de vibraciones enviadas a través del océano. Decía que ella lo había analizado y de esta manera lo salvó. (Así que él, desempeño los dos roles, siendo tanto la madre como el hijo.) *Ella parecía haber producido en él una pseudología fantástica, pues él creía todos los reportes de sus extraños traumas infantiles, y que luego defendía frente a nosotros.* Entre estos trastornos se perdió su hasta entonces brillante inteligencia. Pero vamos a conservar su triste salida como un secreto entre nosotros [Freud a Jones, en Masson, 1984, p. 180-181; la cursiva es nuestra].

Jones (1957) estaba, sin duda refiriéndose a Severn cuando escribió que Freud llamaba a cierta mujer “el genio malvado de Ferenczi” (p 407; Véase también Fortune, 1991)⁵.

El secreto de la “triste salida” de Ferenczi se ha mantenido guardado durante casi 60 años. Como Roazen (1975) comentó: “Hasta ahora no tenemos una explicación sobre la referencia a una mujer americana” (p. 371). Para entender la importancia histórica y contemporánea del trabajo final de Ferenczi, sin embargo, ahora debemos levantar este velo de secreto que envuelve su relación con Elizabeth Severn.

¿Quién era Elizabeth Severn, y cómo ella llegó a ser tan vilipendiada por Freud, como el arquitecto malvado de la declinación de Ferenczi?

ANTECEDENTES

Elizabeth Severn nació bajo el nombre de Leota Brown, el 17 de noviembre de 1879, y creció en una pequeña ciudad en el medio oeste de Estados Unidos. Leota fue una niña enfermiza, plagada de miedos y ansiedades. Crónicamente fatigada y postrada en cama, ella sufría de fuertes dolores de cabeza, trastornos de la alimentación, y frecuentes crisis nerviosas durante la adolescencia y sus primeros años de adultez. Ella había hecho las “curas” prescritas para sus síntomas, probablemente diagnosticados como neurastenia (Lutz, 1991), y pasó mucho tiempo en las montañas de Colorado, así como tomando periódicos retiros en sanatorios mentales. Sin embargo, su alivio, casi siempre era algo temporal.

Hacia el cambio de siglo, Leota se había casado. En 1901, a la edad de 22 años, dio a luz a su única hija, una niña llamada Margaret. En 1905, el matrimonio de Leota terminó. Al año siguiente, a raíz de las

5.- Hasta cierto momento, Jones creía equivocadamente que el genio malvado era la analista norteamericana Clara Thompson, otra paciente de Ferenczi en Budapest (Brome, 1983, p. 177; Véase la contribución de Sue Shapiro a este volumen). Sin embargo, la evidencia es abrumadora de que Elizabeth Severn era “la mujer que Freud llamaba el genio malvado de Ferenczi” (Jones, 1957, p. 407).

consecuencias de un colapso nervioso, ella se puso bajo el cuidado de un Doctor en Medicina orientado psicológicamente cuya práctica incorporaba el “poder del pensamiento positivo con una aproximación teosófica” (M. Severn, comunicación personal, julio de 1989).

El 18 de abril de 1907, saliendo de su tratamiento, Leota de 27 años, escribió a su madre contándole que había descubierto su vocación: “Yo voy a trabajar ahora para llegar a ser de mi misma una sanadora. No hay ninguna duda de que tengo el poder. Sería la alegría de mi vida el poder ayudar a la gente en ese camino” (carta inédita de la colección de M. Severn).

Desamparada, pero decidida a comenzar una nueva vida, Leota recogió a su hija, tomó un tren a Texas, obtuvo el divorcio, y legalmente cambió su nombre por el de Elizabeth Severn. Ella vendía enciclopedias de puerta en puerta y, para su sorpresa, encontró que las personas deseaban sus opiniones sobre sus problemas personales, opiniones que ella daba libremente, a pesar de que vendía pocos libros. Tomando esto como una señal, ella instaló una oficina en un cuarto de un hotel de la localidad, se hizo unas tarjetas de visita que decían “Elizabeth Severn, Metafísica”, y comenzó a ver a los pacientes. Usando una “terapia mental” y su “curativo toque” psíquico, ella declaró haber efectuado una serie de curas espectaculares, incluyendo un tumor cerebral (Severn, 1913).

En 1912, Elizabeth y su hija, Margaret, navegaron a Inglaterra, donde ella estableció su práctica de “psicoterapia”, en Londres. En 1913, Severn publicó su primer libro, *Psicoterapia: Su Doctrina y Práctica*, usando sus casos para ilustrar el poder del pensamiento positivo, de la voluntad, de los sueños, de la visualización y de la curación telepática.

A pesar de carecer de las credenciales académicas o profesionales formales, ella se presentaba como “Elizabeth Severn, Ph. D.” En 8 de mayo de 1914, en Londres, Severn fue elegida Vicepresidenta Honoraria de la Sociedad Alquímica, y pronunció el discurso principal de la noche, más tarde publicado bajo el título, “Algunos aspectos místicos de la Alquimia” (Severn, 1914)⁶.

En el otoño de 1914, con el estallido de la Primera Guerra Mundial, madre e hija regresaron a Nueva York, donde durante los siguientes diez años Elizabeth Severn practicó “psicoterapia”, alquilando inicialmente una suite de hotel en la Quinta Avenida como su consultorio. Mientras que en la superficie Severn parecía ser una mujer ingeniosa, confiada y exitosa que puso en práctica sus propios métodos basados en la fuerza de voluntad; a lo largo de este período sufrió a menudo debilitantes y crónicos, síntomas psicológicos y físicos -incluyendo confusión, alucinaciones, pesadillas y depresión severa, que a menudo la conducían hacia intentos suicidas. En su desesperación, consultó a varios médicos, entre ellos a cierto número de psiquiatras. Ella también consultó al analista Otto Rank, quien había llegado recientemente de Europa. Todos tuvieron dificultad para ayudarla con su difícil patología. Hacia mediados de 1924, considerado como un caso desesperado, Severn encuentra su camino hacia el analista que sería su último recurso, Sandor Ferenczi de Budapest.

La Budapest de entreguerras debe haber sido una animada y enriquecedora experiencia cultural para una mujer estadounidense independiente. Sin embargo, a pesar de que Severn vivía en una suite de dos espaciosas habitaciones en el Cosmopolita Hotel Ritz- la *Dunapalota* (Palacio Danubio)- ella mantenía separadas su vida social y profesional. Ella no participó en la Sociedad Psicoanalítica de Hungría o en cualquier otro círculo analítico. Ella era una solitaria y siguió siéndolo durante toda su vida.

“Mi madre era una mujer muy particular”, recuerda su hija. “Ella no tenía amigos o colegas, sólo pacientes” (M. Severn, comunicación personal, 24 julio de 1991). De hecho, cuatro o cinco devotos y financieramente acomodados pacientes estadounidense siguieron a Severn a Budapest para continuar la

6.- Los libros y artículos de Severn la referencian “Elizabeth Severn, Ph.D”. Sin embargo, para aclarar las referencias existentes a sus credenciales en la literatura (Masson, 1984; Stanton, 1991), cabe señalar que a pesar de que utiliza el título de “doctor” a lo largo de su vida, Elizabeth Severn nunca se le concedió un doctorado y carecía de acreditación académica o profesional formal. Para sus subsiguientes dos libros (Severn, 1917, 1933a), ella dejó de usar los títulos “Dr.” y “Ph.D.” y simplemente usó su nombre propio, Elizabeth Severn.

terapia con ella.

EL ANÁLISIS

Elizabeth Severn estuvo en análisis con Ferenczi en Budapest durante varios meses en el otoño de 1924. Al principio, Ferenczi encontró desagradable a Severn. En su Diario (Ferenczi, 1932), admite ponerse ansioso y sentir temor frente a ella (p. 97). En su entrada del 5 de mayo de 1932 recopilando sus primeras impresiones de Severn, ocurridas ocho años antes, Ferenczi escribió:

[Ella mostraba] una excesiva independencia y confianza en sí misma, una fuerza de voluntad muy fuerte, que se reflejaba en una rigidez casi marmórea de sus rasgos faciales, [y] en su conjunto, toda ella emanaba una actitud de majestuosa superioridad como de una reina, o incluso la imperiosidad de un rey... Todas estas características no podrían ser ciertamente calificadas como femeninas... [Amenazante y defensiva, Ferenczi supone una] actitud de superioridad de... intrépida masculinidad... una pose profesional consciente. [p. 97].

Hacia finales de 1924, Severn había regresado a Nueva York y volvía a su práctica terapéutica. En febrero de 1925, estaba de regreso en Budapest, donde permaneció durante diez meses. El análisis se intensificó. En mayo de ese año, una desanimada Severn escribe a su hija que ella contempló la posibilidad de arrojar al Danubio (M. Severn a E. Severn. 3 de junio de 1925).⁷ En su Diario en un poético pasaje, Ferenczi (1932) evoca los sufrimientos mentales diarios de Severn: “Detrás de [su] yo asesinado, las cenizas de los padecimientos mentales anteriores... se reavivan cada noche por el fuego del sufrimiento” (p. 10). El 7 de julio, y con ocasión del cumpleaños de Ferenczi, Severn le regaló su segundo libro (Severn, 1917), con la siguiente inscripción: “Con agradecimiento a alguien que todavía puede encontrar la fragancia en las guirnaldas de los años anteriores -Sandor Ferenczi- de su agradecida discípula, Elizabeth Severn”.

En agosto, Ferenczi escribe a Severn una carta de introducción a Freud presentándola como la “Dra. Severn, una mujer estadounidense y diligente psicólogo que se encuentra actualmente en análisis conmigo.”⁸ No está claro si hubo o no alguna razón especial para la introducción de Ferenczi. Dado que Ferenczi admiraba a Severn (J. Dupont, comunicación personal, noviembre de 1986), y que Freud recibía muchos visitantes, puede ser que simplemente hubiese sido un acto de camaradería. También es posible que Severn hubiese buscado tener una entrevista con Freud. En todo caso en octubre, Severn escribió a Margaret contándole que había tenido una cordial entrevista con Freud.⁹

En octubre de 1926, nuevamente de vuelta en Nueva York después de un verano en Budapest, Severn asiste al ciclo de ocho meses de conferencias de Ferenczi “Capítulos Escogidos en la Teoría y Práctica del Psicoanálisis” en la New School for Social Research. Ella también formó parte del grupo de los analistas legos, que se formó durante su visita a Nueva York.¹⁰ Mientras tanto, su propio análisis continuaba. En junio

7.- Durante más de 30 años, Elizabeth y Margaret Severn mantuvieron una íntima correspondencia, casi diaria. En 1986, Margaret, honrando un último deseo de su madre, quemó las cartas de ella.

8.- (Ferenczi-Freud, 13 Agosto 1925, Baden-Baden, carta inédita en manuscrito, traducción de Michael Molnar, Freud Museum, London.) Ferenczi más tarde dejó de usar el título de “Dr.” delante del nombre de y a continuación la empezó a identificar como “nuestra colega” (Ferenczi, 1929, 1931). En su artículo de 1931, Ferenczi escribe que Severn estaba “realizando un análisis didáctico conmigo” (p. 133). Dado los 8 años de análisis con Ferenczi, ella podría ser considerada una analista Americana lego.

9.- Severn se reunió con Freud, al menos en una ocasión más. A finales de 1938 después de que ella le había escrito solicitándole una visita, Anna Freud invitó a Severn a la nueva casa de Freud en Hampstead, en Londres. (A. Freud a E. Severn, 28 de agosto 1938 Severn Collection). Considerando las opiniones que Freud expresara a Jones, uno sólo podría especular sobre la naturaleza de este cambio cinco años después. Según su hija -y no hay evidencia sobre este punto para dudar- a pesar de que Elizabeth Severn difería con aspectos de sus puntos de vista, ella siguió teniendo a Freud en la más alta a lo largo de toda su carrera.

10.- Esta fue la respuesta de Ferenczi a la pretensión del Instituto Psicoanalítico de Nueva York de inhibir a los análisis legos a través de una legislación prohibitiva.

de 1927, Elizabeth navega de vuelta a Gran Bretaña con Ferenczi y su esposa, Gizella, y lo acompaña a Budapest a través de Londres, París y Baden-Baden.

A pesar de estos años de análisis intensivo, el caso de Severn mostraba pocos progresos. En consonancia con sus técnicas de la indulgencia y de elasticidad (Ferenczi, 1928), y abiertamente sobrecompensado, Ferenczi (1932) escribe: “Yo redoblé mis esfuerzos... gradualmente me entregué cada vez más a los deseos del paciente” (p. 97).

Un progreso ocurre en marzo de 1928. Utilizando técnicas de relajación y de regresión, y trabajando con estados de trance, Severn y Ferenczi levantaron un velo de amnesias tempranas y empezaron a develar los detalles de su fragmentado self que faltaban de la infancia de Elizabeth. (M. Severn a E. Severn, 30 de marzo de 1928. Colección M Severn). Ellos reconstruyen juntos un cuadro de abusos tempranos -que el padre de Severn, había abusado física, emocional, y sexualmente de ella desde la edad de un año y medio. Las “memorias” inconscientes recuperadas eran horrorosas y bizarras. Ellas incluían imágenes de Severn de haber sido forzada, cuando ya era mayor, a participar en el asesinato de un hombre negro. Ferenczi (1932) más tarde escribe en su Diario sobre “lo extraordinario de R.N., es su incesante protesta de que ella no era ninguna asesina, a pesar de que admitía haber disparado los tiros” (p. 17). El análisis se hace más profundo. Ferenczi y Severn permanecen incrédulos a medida que el material emerge: no solo asesinato y mutilación, sino también la experiencia de Elizabeth de haber sido drogada, envenenada, y prostituida a otros hombres. Unos años más tarde, registrando la historia clínica de R.N., en su Diario, Ferenczi escribió que Severn había hecho una adaptación psicológica precaria a su aparentemente insostenible situación de infancia: teorizando que ella había establecido un frágil equilibrio de tres fragmentos psíquicos escindidos. Sin embargo, escribe, este tenue control sobre la realidad se hizo añicos cuando ella cumplió once años y medio, y su padre abandonó a la familia. Como un gesto de despedida, su padre le infligió un terrible shock final a Severn “maldiciendo a la niña”, escribe Ferenczi, dejándola en un estado de desintegración psíquica, con una severa amnesia (pp. 8-10).

En estado de shock, analista y paciente lidiaron con la pregunta central que a menudo recorría la reconstrucción terapéutica y la “rememoración” del trauma de la primera infancia: ¿podrían ser creíbles estos enigmáticos “recuerdos” en todos sus detalles gráficos? Ferenczi escribe en su Diario que cada repetición del trauma en el análisis concluía con la declaración de Severn: “Y todavía, yo no sé si todo esto es verdad” (p 98.).

Buscando verificación objetiva, Severn cuestionó a su madre, y llegó a contratar abogados para investigar su pasado, e incluso consideró la excavación de los restos del cadáver (M. Severn a E. Severn, 22 de noviembre de 1929, Colección M. Severn). El establecimiento de la realidad de los “shocks” traumáticos se convirtió en el centro del análisis.

Cuando esta pesadilla irrumpió en la conciencia, la condición de Elizabeth Severn se agudizó. Ella se convirtió en la paciente más exigente y difícil de Ferenczi. En 1928, impulsado por lo que Freud llamaba su *furor sanandi* (ímpetu por curar), Ferenczi la estaba viendo regularmente dos veces al día durante un total de cuatro a cinco horas, así como los fines de semana y, si era necesario, también por la noche. Severn a menudo estaba demasiado enferma para salir de la cama, excepto para ver a sus propios pacientes, por lo que Ferenczi -algo que recuerda el tratamiento de un joven Freud sobre Anna von Lieben (Frau Cäcilie M.) (Swales, 1986)- la analizaba en sus habitaciones en el Dunapalota. En julio, Ferenczi escribe a su íntimo amigo y médico, el analista Georg Groddeck: “Un caso particularmente difícil [indudablemente Severn] la cual no podía seguirme a Alemania fue la razón principal por la que nosotros [Sandor y Gizella] no te visitamos en ese tiempo” (Dupont et al., 1982, p. 111). Sin embargo, en la medida que era posible, él continuó el análisis de Severn durante las vacaciones en el extranjero¹¹. A finales de septiembre de 1928,

11.- Para los estándares de hoy en día esta práctica suena extrema. Sin embargo, de acuerdo con la conocida psicoanalista canadiense Dr. Clifford Scott (comunicación personal, 6 de abril de 1991), que vio a Melanie Klein para las sesiones de análisis durante sus vacaciones a principios de 1930; no era raro que los analistas vieran a sus pacientes durante sus vacaciones.

respondiendo a su insistencia de no interrumpir el tratamiento, Ferenczi permitió que Severn los acompañar a él y Gizella en sus vacaciones a España.

No es sorprendente que dada la disponibilidad total de Ferenczi, Severn se convenciera a sí misma de que había encontrado a su “amante perfecto” (Ferenczi, 1932, p. 98). Ante este giro de los acontecimientos, Ferenczi se asustó y se retrajo, al mismo tiempo que le interpretaba las emociones negativas que ella sentía hacia él. Severn respondió con interpretaciones de idéntico tono, que Ferenczi tuvo que conceder eran justificadas (p. xx).

En 1929, desde finales de junio hasta agosto, Severn se hospedó en el Hotel Schweizerhof en St. Moritz, Suiza, con Ferenczi y sus otros pacientes/discípulos, incluyendo un buen número de estadounidenses, en su mayoría mujeres. Entre los que se encontraban las notables psicoanalistas, Clara Thompson e Izette de Forest -ambas mencionadas en el Diario de Ferenczi- quienes estaban en análisis con Ferenczi en Budapest a finales de la década de 1920 y comienzos de los '30 y que se habían conocido ese verano en el refugio de St. Moritz. Al final del verano, Ferenczi escribió a Groddeck que Severn estaba en una “fase crítica”, y le preguntó si podía llevarla al sanatorio de Groddeck en Baden-Baden (Ferenczi y Groddeck, 1982, p. 117). Groddeck estuvo de acuerdo.

En octubre, de vuelta a Budapest, Ferenczi escribió a Groddeck, “me temo que los pacientes... están, literalmente, tratando de agobiarme” (Ferenczi y Groddeck, 1982, p. 118). En el Congreso de Oxford en agosto, Ferenczi (1929) introdujo las nociones de fragmentación y disociación psicótica, por la cual él reconocía su deuda a “los descubrimientos hechos por nuestra colega, Elisabeth [sic] Severn, los cuales ella personalmente me los comunicó” (pp. 121-122).

En junio de 1930, la condición de Severn se deterioró: ella cayó en comas periódicos y no podía cuidar de sí misma. Alarmado, Ferenczi la ingresó en un sanatorio cerca de Budapest. Preocupado por el grave estado de Severn y ansioso de que ella no pudiese salir adelante, Ferenczi telegrafió a Margaret Severn para que viniera de Nueva York para estar con su madre. Él se ofreció a renunciar a sus propios ingresos analíticos, si ello le permitía permanecer en Budapest. Margaret respondió de inmediato y se quedó durante cuatro meses.

Mientras Severn estuvo en este estado de colapso, Ferenczi escribió a Groddeck y a Freud en relación a sus propias falencias de salud, causada en parte por el demandante “análisis” de Elizabeth Severn. Más tarde ese mismo año, el 21 de diciembre, en un estado de ánimo más optimista, Ferenczi escribió de nuevo a Groddeck:

Mi principal paciente, la “reina”, ocupa cuatro, a veces cinco horas de mi tiempo diario. Agotador, pero vale la pena. Yo creo que prontamente, o en un futuro no muy lejano, estaré finalmente en condiciones, de anunciar lo que significa completar un análisis [Dupont et al., 1982, p. 122].

(¿Acaso Ferenczi esperaba “curar” a Severn para probarle a Freud y a la comunidad psicoanalítica que sus nuevas técnicas eran efectivas, y para convencerlos de que el trauma real era el factor etiológico fundamental en la neurosis?)

En su artículo de 1931 “Análisis del Niño en el análisis de los Adultos,” Ferenczi de nuevo acredita a Severn, esta vez con respecto a una corrección perceptiva a su técnica analítica: “[Severn dice] yo a veces perturbaba la espontaneidad de la producción de fantasías con mis preguntas y respuestas. Ella pensaba que yo debía limitar mi asistencia a... preguntas mucho más simples en lugar de declaraciones” (pp. 133-134).

La misma Severn (1933a) más tarde reivindicaba haber originado la técnica terapéutica sobre la cual Ferenczi basaba su principio de relajación. Ella escribió que era un método que ideó para inducir un “estado de trance... [y] de memoración” (p. 95).

ANÁLISIS MUTUAL.

En algún momento de 1929 a 1930, Severn le solicitó a Ferenczi que le permitiera analizarlo.¹² Pese a los esfuerzos terapéuticos sobrehumanos de Ferenczi, su análisis se había estancado en los últimos dos años. Ella le dijo a Ferenczi que sospechaba que él albergaba sentimientos negativos ocultos -odio e ira- hacia ella, los cuales bloqueaban el análisis. Hasta que *ella* analizara esos sentimientos en *él*, decía ella, el análisis se mantendría en un callejón sin salida. Ferenczi se resistió durante un año, y luego a regañadientes accedió a someterse al análisis de Severn (Ferenczi, 1932, p. 99).

Puesto sobre el diván, en enero de 1932, el mes en que comenzó su Diario Clínico, Ferenczi admitió: “Yo odiaba a la paciente [Severn] a pesar de la amabilidad que le mostraba” (p. 99). Preparándose para lo peor, él quedó sorprendido por la reacción de Severn. Él escribió:

El primer flujo de los afectos de la paciente (deseo de morir, ideas de suicidio, fuga) se redujo en gran medida, por la tranquilidad alcanzada y el progreso en el trabajo: la atención se liberó de las fantasías exageradas (p. 11.). Curiosamente, esto tuvo un efecto tranquilizante en la paciente, que se sentía reconocida [p. 99].

Ferenczi experimentaba temor, humillación, y se sentía vulnerable por su auto-revelación, sin embargo, se sintió intrigado por sus resultados positivos:

Una vez que yo hube admitido abiertamente las limitaciones de mi capacidad, ella comenzó a reducir sus demandas sobre mí. ... Realmente, yo ahora la encuentro menos desagradable... Mi interés en los detalles del material analítico y mi habilidad para tratar con ellos -la cual antes parecía paralizada- mejoró de manera significativa [p. 99].

Además, Ferenczi descubrió que a través de analizarlo a él, Severn había reforzado su creencia en la realidad de sus propios traumas tempranos. El 31 de enero de 1932, señaló: “Los primeros avances reales hacia una genuina convicción de parte del paciente [de la realidad externa de los eventos traumáticos] ocurrieron en conjunción con algunos fragmentos genuinamente coloreados emocionalmente del... análisis del analista” (p. 26).

En resumen, a través del análisis mutuo, Ferenczi encontró que la honestidad -incluida la admisión de su desagrado por Severn- aumentó la confianza, haciéndolo un mejor analista y facilitando la profundización de la terapia. Ferenczi dedujo que la relación “real” entre el analista y el analizado podía ser terapéutica y podía fortalecer la alianza terapéutica. “¿Quién debería recibir el crédito por este éxito?”, él se pregunta (pp. 99-100). ¿Su respuesta? Él mismo, por los riesgos asumidos durante el experimento, pero “antes que nada, por supuesto, el paciente, quien... nunca cesó de luchar por sus derechos” (p. 101).

Aunque el experimento produjo progresos analíticos y ofreció valiosos conocimientos clínicos, Ferenczi decidió que existían ciertos riesgos de ponerse a sí mismo “en las manos de un paciente no exento de algún peligro” (p. 100). No hacía falta decir más, había otras dificultades prácticas. Ferenczi llegó a la conclusión de que el análisis mutuo sólo podría ser un último recurso. “El análisis adecuado para un extraño, sin ninguna obligación, sería mejor”, él advirtió (p. xxii).

No está claro a partir del Diario cómo terminó el análisis mutuo. Ya tempranamente en marzo de 1932, Severn criticó a Ferenczi por su participación a medias en el análisis con ella (Ferenczi, 1932, p. 46). Después de ello, Ferenczi intentó volver a una relación analítica tradicional. Se demostró que eso era imposible. El 2 de octubre de 1932, en su última entrada del Diario, un desanimado y agotado Ferenczi escribió:

12.- Ferenczi se refiere al análisis mutuo en una carta a Freud, del 6 de noviembre de 1929 (Stanton, 1991, p. 42).

Un intento de continuar analizando de forma unilateral. Emocionalidad perdida; análisis insípido. Relacionalidad distante. Una vez que la mutualidad se ha intentado, el análisis unidireccional ya no es posible-no productivo [p. 213].

Por último, prefigurando el futuro interés en los aspectos relacionales en el psicoanálisis, Ferenczi pregunta: “Ahora la cuestión es: ¿debe cada caso ser mutuo, y hasta qué punto?” (p. 213). La duda de Ferenczi sobre la mutualidad plantea otra duda: ¿Cómo fue la experiencia del análisis mutuo de Elizabeth Severn? Y, sobre su analista, ¿cuál fue la opinión de Severn de Ferenczi? En otro estudio (Fortune, en preparación), reflexiono sobre estas cuestiones con mayor detalle. Es suficiente con decir que Elizabeth Severn no sólo convenció a Ferenczi de su trauma, sino que, como su analista, le ayudó a descubrir y persuadirse de la importancia de sus propios traumas infantiles. En su Diario, él escribió de un “‘frágil’ arrebató emocional (tristeza, shock, pena, rompiendo con lágrimas en los ojos)” como resultado de “altamente dolorosas hiperrepresentaciones de su juventud y de su infancia, sólo aprehendidas a través de la reconstrucción como compensación por traumas muy significativos” (Ferenczi, 1932, p. 26). Ferenczi creía que Severn le había ayudado, a través del análisis, para acceder a las capas más profundas de su psique. Por ejemplo, el 19 de julio de 1932, escribió: “insight psicoanalítico sobre mi propio vacío emocional, que yo había recubierto con un exceso de compensación (reprimido-inconsciente-psicosis), que me llevaba al autodiagnóstico de *esquizofrenia*” (p. 160). Tanto Severn como Ferenczi creían que a través del análisis mutuo ellos habían descubierto las consecuencias de sus traumas infantiles (Ferenczi, 1932, pp 14, 26; Severn, 1933a, p 140). En su Diario, Ferenczi escribió:

El resultado combinado de los dos análisis es resumido por la paciente [Severn]...: “Su [Ferenczi] mayor trauma fue la destrucción de la genitalidad. El mío era peor: Yo vi mi vida destruida por un loco criminal; mi mente destruida por venenos y sugerencias desvalorizantes, mi cuerpo profanado por las más feas mutilaciones, en el momento más inapropiado; ostracismo por parte de una sociedad en la que nadie quería creer en mi inocencia; finalmente el horrendo incidente de la última ‘experiencia de ser asesinada’” [p. 14].

En este “diálogo de inconscientes” (p. 84), como Ferenczi lo llamaba, los límites entre Severn y él mismo eran confusos y, a veces, incluso estaban ausentes. “Era como si dos mitades se hubiesen combinado para formar una sola alma”, reflexionó (p. 14). En esta analítica confusión de lenguas, la mutualidad permeabilizaba inclusive los traumas descubiertos. Ferenczi creía que esto podría conducir a un resultado terapéutico. Él escribió:

Lo que [Severn] ha descubierto sobre el analista [Ferenczi] se debe reconocer como un reflejo lejano de sus propios sufrimientos... [y] si esto tiene éxito, entonces [su] antigua desintegración, y en consecuencia la tendencia a proyectar (la locura) serán de hecho, mutuamente revertidas [p. 159].

El experimento en el análisis mutuo era paradójico -una temeraria brillante idea, aunque posiblemente un error clínico. Sigue siendo enigmático y puede ser visto desde numerosas perspectivas. Por ejemplo, Freud escribió que Ferenczi se sentía “salvado” por el análisis de Severn (carta a Jones, en Masson, 1984, pp. 180-181). Para Ferenczi, él tuvo éxito donde Freud, su ex analista, había fracasado. Sin embargo, ¿en qué medida Ferenczi había caído bajo el hechizo de Severn? ¿Estaba tan abrumado por el poder de ella y su patología que él perdió su distancia clínica? ¿Al dejar de interpretar, y el haber cedido a la demanda de que Severn lo analizara, hizo que Ferenczi socavara su análisis? ¿En qué grado influyó en ella su creencia de que sus propios traumas profundamente arraigados fueron la fuente de su sufrimiento psicológico? Al final, para Ferenczi y Severn, el análisis mutuo puede haber constituido tanto un éxito como un fracaso.

EL FINAL

Las cartas de Elizabeth Severn a su hija sugieren que ella y Ferenczi tuvieron dificultades hacia el final. En el otoño de 1932, Ferenczi estaba enfermo de anemia perniciosa. Él lo atribuyó al agotamiento y a su decepción de Freud (Dupont et al., 1982, p. 127). Severn misma estaba desesperada. Ella no tenía dinero y estaba angustiada, sufriendo de extremas emociones y así reaccionó frente a la necesaria retirada de Ferenczi para conservar sus decrecientes fuerzas. Ella también estaba angustiada porque creía que Ferenczi estaba evitando el tema de la terminación de su análisis y de su inminente salida de Budapest. Agregando a su confusión, Severn informó que Ferenczi insistía en que ella mantuviera su análisis en secreto. Al mismo tiempo, ella escribió que él deseaba proclamarla “curada” por su análisis (Severn a E. Severn, 23 de diciembre de 1932, Colección M. Severn).

A finales de febrero de 1933, Elizabeth Severn dijo su último adiós a Ferenczi y abordó el tren a París para quedarse con su hija, Margaret, quien era bailarina en una compañía de ballet en ese momento. Ella no volvería a ver de nuevo Ferenczi. A su llegada a París, ella tuvo un fuerte colapso mental y físico muy crítico, que llevó a Margaret a escribir una “terrible carta” de protesta a Ferenczi (Severn, comunicación personal, 8 de mayo 1986). Pero Ferenczi ya estaba postrado en cama y demasiado débil para responder. El 22 de mayo de 1933, él murió en Budapest.

DESPUÉS DE FERENCZI

No se sabe qué impacto tuvo la muerte de Ferenczi sobre Elizabeth Severn. En cualquier caso, a mediados de junio, ella estaba lo suficientemente fuerte como para hacer un viaje a Londres, donde se recuperó emocionalmente y volvió a su propia práctica de la psicoterapia.

El tercer libro de Severn, *El descubrimiento del Self*, (1933a) que comenzó en Budapest en 1932, fue publicado en el otoño de 1933. Estilísticamente anticuado, el texto es lúcido para un autor que recientemente ha pasado por la agonía de un tormento psicológico. En el libro, Severn intenta integrar sus tempranos principios de método de “psicoterapia” y de su filosofía mente-cuerpo con sus posteriores influencias analíticas, y los pone dentro de sus creencias generales metafísico-espirituales. Dada su subjetividad como paciente, ella escribe sobre el psicoanálisis de manera imparcial, con distancia crítica. Severn valora el psicoanálisis, pero cuestiona su énfasis en las tendencias “regresivas” por sobre las “progresivas” de las personas, y -reminiscencia de sus anteriores planteamientos- aboga por los aspectos de “sanación” y “cura” más allá del análisis. Aunque ella menciona a Ferenczi en solo unos pocos lugares, algunos capítulos pueden ser vistos como un complemento de los últimos escritos de Ferenczi, en particular el *Diario Clínico* y el artículo “Confusión de Lenguas”.

En un evidente resultado de su trabajo conjunto, Severn demuestra su solidaridad con Ferenczi. En la interpretación de sus casos, ella se refiere al reconocimiento de la importancia del trauma sexual en la infancia, la dinámica de la fragmentación como una reacción al shock traumático temprano, y la necesidad de repetir y volver a vivir el trauma en la terapia como una experiencia emocional correctiva. No es de sorprender, pues sus comentarios sobre la disociación y la personalidad múltiple tienen el sello de la experiencia directa. De modo radical, Severn parece eliminar cualquier influencia de la fantasía en la perturbación mental, alegando que los acontecimientos psíquicos inquietantes: como pesadillas, simplemente reflejan los “hechos olvidados” -traumas pasados “reales”(Severn, 1933a, p 120.). A pesar de que ella parece decidida a convencer al lector del exclusivo rol de la realidad externa en el trauma psíquico, sin embargo, finalmente no se decide a descartar totalmente el papel de la fantasía. Sutilmente, incorpora la fantasía -sin nombrarla como tal- a través de preservarlas en su definición de la realidad. Ella señala: “Me gustaría hacer una distinción entre dos tipos de realidades, admitiendo la existencia de una realidad psíquica, más que restringir la palabra ‘real’ solo al plano material” (pp 120-121.).

Lo haya reconocido o no, en una definición más amplia, Severn había propuesto una relación psíquica mucho más compleja, aunque no desarrollada, entre la realidad traumática y la fantasía. Concluyendo una breve revisión del abandono de Freud de la teoría de la seducción, las opiniones de Severn (1933a) sobre

el trauma son un espejo de las opiniones de Ferenczi en su intento de recuperar la primacía del temprano trauma externo:

La experiencia me ha convencido... que el paciente no “inventa”, sino que *siempre dice la verdad*, aunque de una forma distorsionada: y además, que lo que él dice es en su mayoría reflejo de una severa y específica lesión, que le infligieron cuando era joven e indefenso [p. 126].

Profesionalmente, el libro tuvo poco impacto. No fue comentado por ninguna revista psicoanalítica, y recibió sólo un interés marginal en otros lugares. En mayo de 1935, sólo 56 copias habían sido vendidas en los Estados Unidos.

En la década de 1930 en Londres, como analista laico, Severn mantuvo su aislamiento de la comunidad Psicoanalítica Internacional, aunque, en principio, deberían haber sido más abiertos con ella que en los Estados Unidos, donde la corriente principal del psicoanálisis se había ido cerrando a los analistas no médicos. Ella encontró su propio nicho particular regresando a su interés inicial en la metafísica. En noviembre de 1933, Severn (1933b) publicó un positivo artículo sobre el psicoanálisis titulado “El Psicoanálisis y La Evolución Espiritual” en *The London Forum*, antes *The Occult Review*. En 1936, ella se unió al Club de Psicología Práctica de Londres, y publicó “No te avergüences de tus instintos” en *The Practical Psychology Magazine* (Severn, 1936). A lo largo de la década de 1930, ella continuó viajando entre Estados Unidos y Gran Bretaña, impartiendo cursos y conferencias en clubes y reuniones sobre temas como “¿Qué es una lesión psíquica?” y “La Catarsis Mental: un medio de curación.”

A finales de 1939, cuando la Segunda Guerra Mundial era inminente, Severn salió de Londres a Nueva York, donde vivió durante los últimos 20 años de su vida. Ella continuó manteniéndose fuera de los círculos psicoanalíticos. Su falta de credenciales académicas, su propia historia de inestabilidad mental, y la sombra de la controversia sobre la última obra de Ferenczi, -unido posiblemente, incluso a su propio no verbalizado sentido de responsabilidad por su agotamiento y su muerte- contribuyeron en su conjunto a su aislamiento profesional.

A principios de 1940, Severn escribió su último libro (no editado), *La Anatomía del Amor y el Sexo: Un Estudio Psicológico sobre Amor, Sexo y Matrimonio, con algunos Consejos a los Amantes*. Ella continuó su práctica en Nueva York hasta su muerte por leucemia en febrero de 1959 a la edad de 79 años.

SEVERN EN LA LITERATURA

Elizabeth Severn es una de una serie de pacientes históricos, en su mayoría mujeres, cuyas contribuciones al desarrollo del psicoanálisis recientemente han salido a la luz y son reevaluados (Swales, 1986; Kerr, 1988; Shamdasani, 1990; Ellenberger, 1991). Hasta ahora, Severn ha sido una figura misteriosa en la literatura psicoanalítica. Las pocas, a menudo veladas, referencias a ella han transmitido con frecuencia cierta sospecha, e incluso hostilidad. Por ejemplo, en 1957, la analista estadounidense, Clara Thompson, quien estuvo en Budapest hasta la muerte de Ferenczi, escribió a Erich Fromm:¹³

En febrero [de 1933, Ferenczi] tuvo el coraje de despedir a una paciente que lo había acosado durante años, Elizabeth Severn... ella es una de las personas más destructivas que conozco, y no hay duda de que Ferenczi tenía miedo de ella [C. Thompson a E. Fromm, 5 de noviembre de 1957, Archivos Fromm, Tübingen].¹⁴

13.- Fromm había escrito un artículo refutando el artículo donde Jones (1957) donde éste retrataba a Ferenczi como un psicótico. El buscó testigos que estuvieron cerca de él en sus últimos días que testimoniaran sobre el estado mental de Ferenczi en sus últimos días. Ver Fromm (1958) y Eros (1989).

14.- Mis agradecimientos al Dr. Ferenc Erós, del Institute for Psychology of the Hungarian Academy of Sciences and the Sandor Ferenczi Society, Budapest, por facilitarme esta carta para su consideración.

Existen razones para creer que, como discípula y paciente, Thompson podría haber estado celosa de la cercanía de Severn a Ferenczi (Ferenczi, 1932; Shapiro, este volumen), algo que podría explicar este ataque a Severn, unos 25 años después.

Ese mismo año, en su biografía de Freud, Ernest Jones (1957) observó, “Mi viejo amigo Ferenczi creía que estaba siendo exitosamente psicoanalizado por mensajes transmitidos telepáticamente a través del Atlántico por una ex-paciente de él -una mujer que Freud llamaba el “genio malvado” de Ferenczi (p. 407).¹⁵

Aunque él no la nombra en su libro, *La Falta Básica*, Michael Balint (1968) caracteriza el intenso trabajo de Ferenczi con una paciente mujer -identificado aquí como Elizabeth Severn- como un “gran experimento” (p. 112). En 1968, como ejecutor literario de Ferenczi, Bálint tenía en su poder el Diario entonces inédito (y las cartas entre Freud-Ferenczi) que contenían los detalles del trabajo en conjunto entre Severn y Ferenczi, incluyendo su desconocido y sin precedente análisis mutuo. Él escribió, “[fue] un experimento... uno realmente a gran escala -quizás el primero en su tipo en la historia analítica... El paciente demandaba mucho tiempo de [Ferenczi] tanto como ella pidiese” (p. 112). De Ferenczi y otros, incluido él mismo, Bálint comenta: “Algunos tipos de analista no pueden resistir este tipo de *tentación*, especialmente si proviene de un paciente que ‘valga la pena’” (la cursiva es nuestra).¹⁶ Bálint concluye sobre el “grandioso” experimento de Ferenczi: “La paciente, una mujer talentosa, pero profundamente perturbada, mejoró considerablemente... aunque no se podría considerar como curada” (pp. 112-113.).

Jeffrey Masson fue la primera persona en sacar a Elizabeth Severn de las sombras. En su enjuiciamiento de Freud y el psicoanálisis de 1984, él nombra a Severn y destaca su “importante papel en el desarrollo de las ideas de Ferenczi” (p. 161); su retorno a la teoría del trauma. Masson plantea que fueron las auto-revelaciones de Ferenczi y el análisis mutuo lo que puede haber “permitido a sus pacientes el empezar a hablar de los traumas reales de su infancia (p. 161)... Es posible que la Sra. Severn haya sido la primera persona en despertar el interés de Ferenczi en los traumas reales” (p. 163). Masson añade que ella puede haber “ayudado a Ferenczi a hacer frente a la realidad de estos traumas”¹⁷ (p. 164). Masson (1988) también se basa en gran medida en extractos del Diario de Ferenczi que mencionan a Severn (que usa su nombre en clave R. N.) para reunir evidencia para su caso en contra de la psicoterapia.

Las referencias a Severn también aparecen en Sabourin (1985), Haynal (1988, 1989), y Schoenwolf (1990).

El tratamiento más extenso de Elizabeth Severn, hasta la fecha, ha sido realizado por el psicoanalista Martin Stanton (1991). Stanton examina aspectos del caso del Severn y de su crítica relación con Ferenczi, y menciona en su cronología de la vida de Ferenczi, el rol prominente que ella jugó. Él correctamente acredita su papel en la importancia que Ferenczi otorgó al trauma y su desarrollo del principio de relajación: “Fue

15.- Gay (1988), Hoffer (1990), and Masson (1984) sostienen que no hay evidencia de lo que cuenta Jones (1957) (en dos registros, p. 178, p. 407) sobre que Ferenczi creía él era analizado telepáticamente. La fuente para el informe de Jones es probablemente la carta de Freud (Freud a Jones, en Masson, 1984, pp. 180-181), que Jones parece haber malinterpretado. Que Ferenczi hubiese “creído que [Severn] podría haberlo influido a través de vibraciones enviadas a través del océano” (Freud) se puede leer como algo separado de la próxima frase de Freud, de que “ella lo analizó y por lo tanto lo salvó.” Esta frase simplemente parecen referirse a su análisis mutuo (probablemente desconocido para Jones), no telepático, sino que realizado en Budapest. En su Diario, Ferenczi (1932) escribió que Severn creía en la curación telepática (p. 47), pero no hay pruebas de que lo haya hecho.

16.- Bálint no define lo que entiende por el término: paciente que “vale la pena”. En esencia, él parece estar sugiriendo una visión subjetiva del analista de un paciente de gran prestigio. Además, los comentarios de Balint son personalmente sugerente, y uno no deja sorprenderse respecto de los propios “grandes experimentos” de Balint.

17.- Hay que señalar que Masson confunde dos veces a Elizabeth Severn con su hija Margaret. En un caso, el reproduce un elegante retrato de una atractiva mujer joven, reclinada a quien identifica como “Mrs. Elizabeth Severn” (p. 162). Pero el retrato es de Margaret. (El retrato es posteriormente identificado erróneamente en Sabourin, 1985) y, en la segunda confusión, Masson describe a Elizabeth Severn como bailarina (p. 161), cuando era Margaret, quien era una destacada bailarina. (Este error, ha sido repito posteriormente, en Grosskurth, 1988; Schoenwolf, 1990, y Stanton, 1991) A Masson se le dieron los datos de la identificación errónea por el propio albacea literario de Ferenczi, la analista de París Dr. Judith Dupont, cuya madre, Olga Dormandi (Székely-Kovács), fue quien pintó el retrato de la joven Severn en 1926. Un retrato de Elizabeth Severn de 1913 se encuentra ahora en la colección del Museo Freud de Londres.

una influencia mutua, más que un proceso en un solo sentido desde Ferenczi a Severn” (p 162.). Por otra parte, refiriéndose a ella, en base a su libro de 1913 *Psicoterapia: Su doctrina y práctica*, él sugiere que “Severn ciertamente tenía indicios de la ‘terapia activa’ mucho antes de que se encontrara con Ferenczi” (p. 162). Stanton reconoce que Severn ayudó a que Ferenczi alcanzase originales intelecciones acerca de la contratransferencia.

El analista neoyorkino Benjamín Wolstein (1989, 1990) considera aún más las implicancias del papel de Severn en la contratransferencia. Él cree que cuando Severn, en su intento de superar su impasse analítico, confrontó a Ferenczi y posteriormente lo interpeló para que fuese capaz de dejarse analizar por ella, lo obligó a reconocer la importancia clínica de la contratransferencia. Wolstein (1990) escribe: “[En] el caso de Ferenczi de R.N... el estudio terapéutico de la contratransferencia del psicoanalista como un correlato funcional de la resistencia del paciente se realizó por primera vez en vivo” (p 568.). Wolstein (1989) argumenta que el caso de Elizabeth Severn ocupa un lugar importante en la historia del psicoanálisis:

El caso de R.N. es, en mi opinión, un caso histórico, un importante punto de inflexión en la evolución de la terapia psicoanalítica. Toma su lugar junto a los otros dos fallidos casos bien conocidos en la historia del psicoanálisis, el caso de Anna O de Breuer; y el caso de Dora de Freud... las tres terapias, si bien presentan en algunos aspectos fallas críticas... son puntos de referencia para la declaración de los conceptos centrales de la terapia psicoanalítica contemporánea: en el caso de Anna O, la teoría del estado hipnoide; en el caso de Dora, la transferencia; y en el caso de R. N., la contratransferencia [p. 676].

CONCLUSIÓN

La relación entre Elizabeth Severn y Sandor Ferenczi fue algo complejo y problemático. El intento desesperado de Severn por reconstruir una identidad cohesionada a partir de un self destruido por sus aparentemente horribles experiencias de infancia, indujo a que Ferenczi se arriesgase en experimentos técnicos radicales con ella -y con él- que lo llevaron a descubrir un material clínico único, probablemente no accesible por la técnica analítica clásica de la época. Las intelecciones resultantes fueron la fuente primordial para la comprensión temprana de Ferenczi (1933) de la dinámica del trauma sexual -el trauma inicial, la desmentida (de los adultos), la identificación con el agresor, la fragmentación, la amnesia, las memorias somáticas- que sólo en los últimos años ha empezado a ser reconocido por la profesión. Adicionalmente, a través del Diario de Ferenczi, el caso de Elizabeth Severn continúa ofreciéndonos una mejor comprensión de las cuestiones teóricas y clínicas actuales sobre el abuso sexual: la regresión, la disociación y la personalidad múltiple, por ejemplo, así como la recuperación del trauma temprano.

A partir de todos sus casos, pero especialmente a través del tratamiento de Severn, Ferenczi desarrolló nuevos parámetros técnicos, muchos de los cuales son actualmente objeto de un vivo debate dentro del psicoanálisis. Ferenczi destacó el revivenciar -no sólo el recordar- el trauma temprano dentro de la relación analítica. Como resultado, él planteó la importancia crítica de la relacionalidad y su potencial para promover el cambio terapéutico. Ferenczi posicionó la importancia de la personalidad del analista en el tratamiento. Además, destacó la idea de que la resistencia del paciente y los *impasses* analíticos podrían ser una función de la contratransferencia. Anticipó el estudio sobre el papel de la subjetividad del analista y los beneficios y riesgos de las interpretaciones de las contratransferencia y de las auto-revelaciones.

En el Congreso de Wiesbaden en 1932 Ferenczi presentó su revolucionario texto “Confusión de lenguas entre los adultos y el niño” (1933), que contiene muchas ideas de su innovador trabajo con Severn. Denunció el psicoanálisis por poner demasiado énfasis en la fantasía, afirmó que el “trauma sexual como factor patógeno aún no ha sido valorado lo suficiente” (p. 161), e hizo un llamado a hacer reformas en la terapia psicoanalítica. El texto fue desestimado. Nueve meses más tarde Ferenczi estaba muerto. Dado que él no dejó ningún método, ninguna escuela, gran parte de sus radicales trabajos finales quedaron suspendidos por más de 50 años; sólo recientemente ellos han vuelto a ser considerados a partir de la reciente publicación de

su *Diario Clínico*. El Diario también revela la importancia de Elizabeth Severn y brinda la oportunidad de evaluar más adecuadamente su influyente papel en el desarrollo de las últimas ideas de Ferenczi.

¿Cómo vemos a Elizabeth Severn hoy? Como Ferenczi mismo comentó, era una paciente peligrosa, una persona potencialmente destructiva cuyas insaciables demandas psicológicas indudablemente lo consumían. En retrospectiva, el grado de receptividad de Ferenczi a su inestable estado psicológico fue probablemente clínicamente imprudente, incluso ingenuo. Es evidente que esto perturbó su equilibrio mental y emocional, y sin duda contribuyó a su agotamiento final. Paradójicamente, Elizabeth Severn también era una paciente fuerte, intuitiva, y terapéuticamente experimentada, colega y maestra de Ferenczi, y el catalizador para una serie de sus revolucionarias ideas e innovaciones. Irónicamente, la evaluación de Freud de ella era probablemente correcta: Ella era “el genio malvado de Ferenczi.”

Hace sesenta años, el trabajo de estos dos pioneros fue calificado como herético, el producto de un analista paranoide -incluso psicótico- y de una mujer americana malvada y desquiciada. Sin embargo, hoy refleja mucho más de aquello que es central en el ejercicio de la práctica psicoanalítica. Por lo demás, una de las premisas básicas de su trabajo en conjunto se corrobora en la actualidad en la creciente evidencia del abuso sexual infantil generalizado.

Las trágicas experiencias de una niña llamada Leota Brown en el Medio Oeste de Estados Unidos hace más de un siglo atrás han tenido grandes implicaciones para el psicoanálisis. Elizabeth Severn, como RN, bien puede ser uno de los pacientes más importantes en la historia del psicoanálisis. Aunque no fue el primer paciente abusado sexualmente que fuese analizado, ella fue, para su tiempo, la más profundamente tratada. Su desesperada búsqueda por curar su fragmentado estado mental, -sostenido por su creencia en la metafísica y en su propia indomable voluntad- la llevó a recorrer medio mundo buscando a un analista que pudiese tener las habilidades y paciencia necesarias para ayudarla. Sandor Ferenczi se abrió al “terrorismo del sufrimiento” de Elizabeth Severn (Ferenczi, 1932, p. 211) lo entendió, y en última instancia, le salvó la vida (M. Severn, comunicación personal, 12 de mayo 1986).

La relación analítica entre Sandor Ferenczi y Elizabeth Severn es histórica. A través de ella, Ferenczi fue llevado a cuestionar los fundamentos del psicoanálisis, y a desafiar a su antiguo mentor, Sigmund Freud. Al hacerlo, él amplió las fronteras de la teoría y la técnica psicoanalíticas. A través de la relación, Elizabeth Severn, en su doble papel de paciente y de pareja analítica, fue capaz de transformar una vida psicológica de sufrimiento y dolor, en un cuerpo de material clínico y teórico que ahora puede ser reconocido como una contribución duradera al psicoanálisis.

REFERENCIA:

The New School for Social Research: <http://www.newschool.edu/nssr/subpage.aspx?id=43074>

Aron, Lewis and Harris Adrienne, (comp) The legacy of Sandor Ferenczi. Chapter 6. Pp 101-120. The Analytical Press. Inc. 1993

BIBLIOGRAFIA

Aron, L. (1990). One-person and two-person psychologies and the method of psychoanalysis. *Psychoanal. Psychol*, 7:475-485.

Balint, M. (1968). *The Basic Fault*. London: Tavistock.

Brome, E. (1983). *Ernest Jones*. New York: Norton.

Dupont, J., Hommel, S., Samson, F., Sabourin, P., & This, B., eds. (1982). *Sandor Ferenczi and Georg Groddeck: Correspondence (1921-1933)*. Paris: Payot.

----- (1988). Introduction. *The Clinical Diary of Sandor Ferenczi*, ed. J. Dupont (trans. M. Balint & N. 2. Jackson). Cambridge, MA: Harvard University Press.

Ellenberger, H. (1991). The story of Helene Preiswerk. A critical study with new documents. *Hist. Psychiat.*, 2:41-52.

- Erós, F. (1989). Fromm, Ferenczi and the Stalinist rewriting of history. Eighth European Cheiron Conference, University of Göteborg, pp. 80-87.
- Ferenczi, S. (1928). The elasticity of psycho-analytic technique. In: *Final Contributions to the Problems and Methods of Psycho-Analysis*, ed. M. Balint (trans. E. Mosbacher). London: Karnac Books, 1980, pp. 87-101.
- (1929). The principle of relaxation and neocatharsis. In: *Final Contributions to the Problems and Methods of Psycho-Analysis*, ed. M. Balint (trans. E. Mosbacher). London: Karnac Books, 1980, pp. 108-125.
- (1931). Child analysis in the analysis of adults. In: *Final Contributions to the Problems and Methods of Psycho-Analysis*, ed. M. Balint (trans. E. Mosbacher). London: Karnac Books, 1980, pp. 126-142.
- (1932). *The Clinical Diary of Sandor Ferenczi*, ed. J. Dupont (trans. M. Balint & N. Z. Jackson). Cambridge, MA: Harvard University Press, 1988.
- (1933). Confusion of tongues between adults and the child. In: *Final Contributions to the Problems and Methods of Psycho-Analysis*, ed. M. Balint (trans. E. Mosbacher). London: Karnac Books, 1980, pp. 156-167.
- Fortune, C. (1989). Review of *The Clinical Diary of Sandor Ferenczi*. *Village Voice*, Feb. 21, pp. 60, 62.
- (1991). Ferenczi and RN: The experiment in mutual analysis. Presented at Humanities and Psychoanalytic Thought Seminar, Trinity College, University of Toronto.
- (in preparation). Sandor Ferenczi's "Evil Genius": Elizabeth Severn's role in the history of psychoanalysis, 1924-1933.
- Fromm, E. (1958). Scientism or fanaticism? *Saturday Review*, June 14, pp. 11-13, 55-56.
- Gay, P. (1988). *Freud: A Life for Our Time*. New York: Norton.
- Grosskurth, P. (1988). The lovable analyst. Review of *The Clinical Diary of Sandor Ferenczi*. *New York Review of Books*, Dec. 8, pp. 45-47.
- Haynal, A. (1988). *The Technique at Issue*. London: Karnac.
- (1989) The concept of trauma and its present meaning. *Internat. Rev. Psycho-Anal.*, 16:315-321.
- Hoffer, A. (1990). Review of *The Clinical Diary of Sandor Ferenczi*. *Internat. J. Psycho-Anal.*, 71:723-727.
- (1991). The Freud-Ferenczi controversy—a living legacy. *Internat. Rev. Psycho-Anal.*, 18:465-472.
- Jones, E. (1957). *The Life and Work of Sigmund Freud*, Vol. 3. New York: Basic Books.
- Kerr, J. (1988). Beyond the pleasure principle and back again: Freud, Jung, and Sabina Spielrein. In: *Freud: Appraisals and Reappraisals*, Vol. 3, ed. P. E. Stepansky. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Lutz, T. (1991). *American Nervousness, 1903*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Masson, J. (1984). *The Assault on Truth*. New York: Farrar, Straus & Giroux.
- (1988). *Against Therapy*. New York: Atheneum.
- Rachman, A. (1989). Confusion of tongues: The Ferenczian metaphor for childhood seduction and trauma. *J. Amer. Acad. Psychoanal.*, 17:181-205.
- Roazen, P. (1975). *Freud and His Followers*. New York: Knopf.
- Sabourin, P. (1985). *Ferenczi: Paladín et Grand Vizir Secret*. Paris: Éditions Universitaires.
- Schoenwolf, G. (1990). *Turning Points in Analytic Therapy*. Northvale, NJ: Aronson.
- Severn, E. (1913). *Psycho-Therapy: Its Doctrine and Practice*. London: Rider.
- (1914). Some mystical aspects of alchemy. *J. Alchemical Soc. (London)*. II(13):110-117.
- (1917). *The Psychology of Behaviour*. New York: Dodd, Mead.
- (1933a). *The Discovery of the Self*. London: Rider.
- (1933b). Psycho-analysis and spiritual evolution. *London Forum*, 58:316-319.

- (1936). Don't be ashamed of your instincts. *Practical Psychology Magazine* (London). 1:148-149.
- (194?). The anatomy of love and sex. Unpublished.
- Shamdasani, S. (1990). A woman called Frank. *Spring*, 50:26-56.
- Stanton, M. (1991). Sandor Ferenczi: Reconsidering Active Intervention. Northvale, NJ: Aronson.
- Swales, P. (1986). Freud, his teacher, and the birth of psychoanalysis. In: *Freud: Appraisals and Reappraisals*, Vol. 1, ed. P. E. Stepansky. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Wolstein, B. (1989). Ferenczi, Freud and the origins of American interpersonal relations. *Contemp. Psychoanal.*, 25:672-685. (1990). The therapeutic experience of psychoanalytic enquiry. *Psychoanal. Psychol.*, 7:565-580

Volver News-2 ALSF

PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE

<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>

Contacto: alsfchile@alsf-chile.org.